

The background of the cover is a painting in a style reminiscent of J.M.W. Turner's 'Rain, Steam, and Great Bridge'. It depicts a harbor at night with a dark, turbulent blue sky filled with stars and a few bright, glowing greenish-yellow lights. The water is dark and textured with visible brushstrokes, reflecting the lights from the buildings and street lamps on the distant shore. In the foreground, a dark boat is visible, its mast and rigging silhouetted against the water. The overall mood is somber and atmospheric.

Julio Llamazares

Las lágrimas de San Lorenzo

Un profesor de universidad que ha rodado por Europa como una bola del desierto sin echar raíces en ningún lugar regresa a Ibiza, donde pasó sus mejores años de joven, para asistir junto con su hijo, del que vive separado hace ya tiempo, a la lluvia de estrellas de la mágica noche de San Lorenzo. La contemplación del cielo, el olor del campo y del mar y el recuerdo de los días pasados desatan en él la melancolía, pero también la imaginación.

*A mis amigos de Ibiza  
(los que están y los que ya no están)*

Encima de nosotros la Vía Láctea. Si miro verticalmente, veo el Cisne y Casiopea. Son las mismas estrellas que veía de niño... Me cuesta creer que soy la misma persona.

W. G. SEBALD

¡Dichosa edad en la que vuelan las estrellas!

JOSÉ ANTONIO LLAMAS

## Una...

El verano empezaba cuando llegaban los veraneantes. No el 21 de junio, que es cuando dice el horóscopo, ni siquiera la noche de San Juan, la más corta y misteriosa del solsticio, cuando la gente se sanjuanea sumergiéndose en las aguas de los ríos y las fuentes, prendiendo y saltando hogueras o buscando al amanecer el trébol de cuatro hojas, ese que da buena suerte, sino cuando llegaban los afortunados que podían permitirse el lujo de descansar los meses de más calor, al contrario que el resto de la gente.

Yo, en cierto modo, era uno de ellos. Aunque descendía del pueblo, vivía lejos de él y mis abuelos ya eran mayores, por lo que habían dejado de trabajar. A falta de algún hijo que se hiciera cargo de ellas, habían arrendado las fincas al llegar a la jubilación. Por lo que yo no tenía nada que hacer en todo el verano, cuando llegaba desde Bilbao para pasar con ellos las vacaciones, al revés que mis amigos, que tenían que ayudar a sus familias en las distintas labores de la labranza. Que eran muchas todavía en aquel tiempo. Con una mecanización incipiente aún, la agricultura en aquellos pueblos era todavía manual, lo que obligaba a un enorme esfuerzo a todos los campesinos; sobre todo en el verano, que era cuando trabajaban más. A la recolección de la hierba y del cereal, que se realizaba en el mes de julio, se unían otras faenas, como la trilla, que se prolongaban durante todo agosto, incluso parte de septiembre —el año que venía retrasado—, y que exigían el concurso de todas las personas en condiciones de trabajar. Ni siquiera los niños eran liberados de ellas, aunque sus faenas fueran las menos pe-

nosas, tales como cuidar del ganado o llevarles a sus padres la comida al mediodía hasta el lugar en el que estuvieran.

Yo, ya digo, estaba libre de ello. Como en mi casa no había labranza (tan sólo el huerto que mis abuelos cultivaban por entretenerse), yo no tenía nada que hacer en todo el verano, como no fuera estudiar las asignaturas que hubiese suspendido en aquel curso. Que fueron pocas, que ahora recuerde. Así que disponía de todo el tiempo del mundo, al revés que mis amigos, que tenían que trabajar.

Fuera por aburrimiento o por solidaridad con ellos, lo cierto es, no obstante lo dicho, que la mayor parte del verano la pasaba ayudándoles. Me sentía mejor en su compañía que con los hijos de los veraneantes. Pertenecientes a clases muy diferentes, nuestras vidas apenas se cruzaban, salvo en las fiestas y en la lejanía. Ellos eran las cigarras y nosotros las hormigas de la fábula, aunque, ya digo, yo hubiera podido ser las dos cosas.

Además, los chicos del pueblo eran más entretenidos. Sabían cosas que yo desconocía a pesar de estar estudiando. Por ejemplo: los nombres de los pájaros que surcaban el cielo continuamente sobre nosotros y los de los árboles en los que hacían sus nidos. Y, también, costumbres y tradiciones que en la ciudad habían desaparecido hacía ya mucho tiempo.

Una de ellas, la noche de San Lorenzo, era la de salir al campo para ver la lluvia de estrellas. Lo hacían en grupos, de madrugada, con el permiso de sus padres, que esa noche les dejaban regresar más tarde a casa, quizá para compensarles de los trabajos a los que les sometían. Incluso, a veces, les acompañaban ellos, ya fuera por propio gusto, ya fuera porque la noche les sorprendía recogiendo todavía la cosecha de las eras o regresando al pueblo de otras labores. Entre mis recuerdos de aquella época está el de mis abuelos acompañándome a medianoche en el corredor para ver la lluvia de estrellas y, también, el de mi propio padre

un verano en el que también tuvo vacaciones indicándome en el cielo los nombres de las estrellas mientras el pueblo dormía frente a nosotros.

Lo recuerdo como si fuera hoy. Alrededor, el mundo se había parado y la noche parecía una gran pantalla negra. Olía a tomillo, pero también a lúpulo, que era un cultivo que entonces se producía en aquellos pueblos. Se trataba de un olor intenso, como la noche, y se sentía con más fuerza que nunca. Quizá porque esa noche era la primera vez que lo sentía a esa hora en mitad del campo.

Estábamos en la era donde antaño mi familia había trillado también el trigo. Ahora estaba desierta y silenciosa, a falta de los aperos que ocupaban las de los demás vecinos. Detrás de nosotros, la caseta donde aquéllos se guardaban en invierno permanecía muda y callada como si también quisiera ver las estrellas caer del cielo. Y, al fondo, en la lejanía, se adivinaba el pueblo dormido, apenas un perfil negro de casas sin una luz. La única luz era la del cielo, que parecía una gran luciérnaga de tan iluminado como se le veía.

—Mira: ésa es la Estrella Polar —me señaló mi padre, entre todas, la estrella que más brillaba.

Lo recuerdo como si fuera hoy. Yo estaba tumbado igual que esta noche sobre la hierba seca de la era (siempre lo estaba en el mes de agosto) y, a mi lado, la mano de mi padre me conducía entre las estrellas hacia la que me decía. La seguí como si fuera un faro hasta que la descubrí. Y, así, una detrás de otra (la Osa Mayor, la Menor, Casiopea...), mientras el olor del lúpulo lo iba dominando todo hasta convertir el cielo en una fabulosa plantación. Una plantación de estrellas, que eran como las motas con las que en esos días aquél estaba dando su fruto.

El lúpulo era una planta de reciente implantación en la comarca, que todavía lo cultivaba con prevención. No sólo porque exigía una gran inversión previa al cultivo (aparte de buena tierra, la enredadera, que es de lo que se trataba

el lúpulo, necesitaba para extenderse una estructura de postes unidos unos a otros por largas cuerdas o hilos de alambre que les daban a las fincas, antes de crecer la planta, el aspecto de bosques fantasmagóricos), sino también porque no sabían para qué servía realmente. Sólo sabían que procedía del extranjero, adonde se enviaba toda la producción, y que se utilizaba en la fabricación de la cerveza, aunque no exactamente cómo. Así que lo sembraban como el que siembra un misterio y del mismo modo lo recogían cuando el fruto estaba en sazón.

El fruto eran unas motas a modo de piñas tiernas o de alcachofas verdes muy diminutas que brotaban por toda la planta y que supuraban una sustancia muy pegajosa. Y que apenas pesaban lo que un suspiro. Lo sé porque algún verano yo mismo participé en su recogida, que exigía el concurso de toda la gente disponible y que fue mi primer trabajo pagado. Cuando el nuevo cultivo se extendió, cosa que ocurrió muy pronto a la vista de su rentabilidad, llegó a ser tan abundante que no sólo cambió el paisaje de aquellos pueblos, ahora rodeados de empalizadas que se llenaban de verdes hojas y flores en primavera, sino que se necesitaban muchas personas para recoger el fruto, puesto que el trabajo era muy laborioso. Había que descolgar las plantas de los alambres, que en el verano estaban cubiertos, y, ya en el suelo, arrancar las motas una por una y meterlas en sacos para su recogida. Entre su elevado número y la pegajosidad del tacto, la labor era tan ardua que requería toda la mano de obra que hubiera libre en aquellos pueblos. Así que participaban todos lo que lo querían, incluidos algunos que, como yo, estábamos de vacaciones, pero deseábamos ganar algún dinero.

Lo recuerdo ahora, al cabo del tiempo, pero lo ignoraba entonces, aquella noche en la era, mientras mi padre, tumbado boca arriba junto a mí, me iba diciendo los nombres de las estrellas a la espera de que alguna perdiera su inmovilidad. Lo hacían de pronto, sin previo aviso, y convertían

su breve vuelo en una ilusión lumínica; tanta era su velocidad y tan fuerte la impresión que me producía su descubrimiento. Y es que las lágrimas de San Lorenzo, como llamaban en aquellos pueblos a las estrellas fugaces del mes de agosto por concentrarse principalmente en torno a ese día, acarreaban cada una de ellas la posibilidad de pedir un deseo, que era lo que realmente entusiasmaba más a los niños. Tanto que a veces nos poníamos nerviosos cuando la profusión de estrellas hacía imposible pensar uno para cada una.

Pero aquel día, cuando mi padre me acompañó a ver la lluvia de estrellas, aquel lejano verano en el que también él tuvo vacaciones, yo no podía pensar ninguno porque el principal de todos, que era que él estuviera allí, ya se me había cumplido. Así que me dediqué a ver volar las estrellas sin pedirles ningún deseo y a dejarme embriagar por aquel olor que llegaba mezclado con el del monte y que, a partir de esa noche, iría ya siempre unido a la contemplación de las lágrimas de San Lorenzo. Por eso cuando, veranos después, siendo ya un adolescente, trabajé recogiendo el lúpulo en varias fincas de la comarca (las que, por sus dimensiones, daban trabajo a todo el que lo quisiera), recordé, mientras lo hacía, con emoción y melancolía, la noche en la que mi padre me acompañó a ver las lágrimas de San Lorenzo del mismo modo en que ahora recuerdo aquel olor pegajoso que desprendían las motas del lúpulo cuando las arrancábamos de la planta y que se quedaba pegado a la piel durante bastantes días. Tanto que todavía hoy puedo olerlo, a pesar del tiempo pasado.

## Otra...

—¡Otra!... ¡Otra, papá!

La voz de Pedro rompe el silencio. Emocionada, reclama mi atención y la confirmación de que también la he visto. La pide siempre, con cada estrella.

El niño está entusiasmado. Desde hace algunos minutos, el cielo ha perdido fuerza y cada poco una nueva estrella escapa de su control. Parece como si ese imán invisible que sujeta a las estrellas contra él hubiera desaparecido, dejándolas en libertad. Una libertad dudosa, puesto que la mayoría apenas logra llegar muy lejos.

—¿La has visto? —me dice Pedro, mirándome.

—Sí —le respondo yo.

Da igual que la viera o no. Al niño le da lo mismo que sea verdad o mentira y, en el fondo, prefiere que le mienta con tal de compartir su emoción conmigo.

Le he traído hasta aquí arriba para verlas. Lejos de las construcciones que ocupan toda la isla y cuyas luces alumbran la lejanía como si fuera un cielo invertido. Es imposible escapar de ellas por más que uno se aleje de donde están.

Donde nos hallamos ahora nosotros es quizá el lugar más salvaje de la isla. Perdido en su parte norte, sobre los acantilados de Benirrás, el pago de Pere Lluç apenas cuenta con algunas casas diseminadas por las colinas. La mayoría de ellas están vacías, salvo en verano y no todo él. Hasta aquí no ha llegado aún la especulación que asola la isla.

Yo conozco este lugar porque viví en él algún tiempo. En una casa de campesinos abandonada por éstos cuando empezó la irrupción turística y la gente se trasladó a vivir a

la costa. Ahora está en manos de unos alemanes, como la mayoría de las de la zona. La he visto antes, cuando veníamos, desde el camino que sube hasta esta colina, ese camino de tierra que tantas veces recorrí en la pequeña motocicleta con la que me desplazaba por toda Ibiza en aquella época. Está casi igual que entonces, con su buganvilla roja, sus cactus y sus chumberas y sus ventanas pintadas de color blanco y azul. Como siempre, me he preguntado si sus actuales dueños serán tan felices viviendo en ella como yo lo fui en aquel tiempo.

Fue hace ya un cuarto de siglo. Lo sé porque, al volver a verla, he hecho recuento de los años. ¡Veintiséis, la mitad de los que ya tengo! Pensaba que serían menos, pero siempre me ocurre eso cuando recuerdo. Mi madre me decía siempre —cuando me reconocía aún— que mi comprensión del tiempo no tiene nada que ver con la realidad. Y quizá tenía razón. El caso es que ya ha pasado una eternidad desde que viví en estos montes acantilados de Benirrás, la playa en la que todavía hoy se reúnen los últimos *hippies* de Ibiza para, a la puesta del sol, tocar sus bongos y sus tambores como una tribu de indios desesperados a los que el mundo ha dado la espalda como ellos hicieron con él cuando eran más jóvenes. Ayer los vi y, dentro de su patetismo, me recordaron al chico que los miraba con admiración, como correspondía a su ingenuidad de entonces. Y a aquellas ganas de vivir que le habían traído a esta isla varada como un gran pecio en mitad del Mediterráneo.

Ahora lo veo de nuevo iluminado apenas por las estrellas mientras a mi lado Pedro continúa mirando al cielo al acecho de que alguna pierda su inmovilidad de pronto y reconozco en él aquel mismo mar que contemplaba desde la casa, asomado a sus ventanas o, en las tardes de verano y de buen tiempo, sentado debajo de la buganvilla que cubría toda su fachada. Por su tamaño era un árbol más que una planta y por su color parecía más una hoguera que una flor repetida un millón de veces.

La habíamos encontrado casi por casualidad. Creo que fue Catalina, la dueña del bar de Santa Gertrudis (hoy he visto que ya hay varios en el pueblo), la que nos puso en la pista y en contacto con los dueños, que eran familiares suyos. El matrimonio, que ya era muy mayor, había vivido en aquella casa toda su vida, pero la había dejado hacía tiempo y temía que se les viniera abajo. Por eso la querían alquilar. Cuando la fuimos a ver, nos enamoró. Era la típica casa de piedra sin encalar, como estaban casi todas en la isla antes de la irrupción del turismo, y tenía todas las dependencias de las antiguas casas de campesinos: el patio, las cochiqueras, los establos para el burro y las ovejas y hasta un pozo delante de la puerta. Y, en la parte de atrás, una gran higuera y tres o cuatro algarrobos para alimento de los animales. Todo ello lleno de polvo y con la buganvilla a punto de desvanecerse. Parecía como si el tiempo hubiese puesto sobre ella todo el peso de su desolación.

Las recuperamos (la casa y la buganvilla) a base de mucho esfuerzo. Entre Carolina y yo, con la ayuda esporádica de algún amigo y la puntual de algún albañil (no teníamos dinero para más), conseguimos rescatar ambas y devolverles la compostura que habían tenido hacía tiempo. Incluso las mejoramos en algún aspecto al convertir la cuadra y las cochiqueras en habitaciones para los invitados y, en el caso de la buganvilla, al podarla y volver a llevar sus guías entre los salientes de la fachada. ¡Qué hermosa lucía aquel año, al llegar la primavera a estas colinas!

Vivimos allí tres años; los que Carolina y yo permanecemos todavía juntos antes de que el aburrimiento hiciera mella en nosotros. Era una época en la que nada duraba mucho y menos en esta isla. Por eso, después de tres años juntos, Carolina y yo nos debimos de cansar de ser felices y decidimos continuar cada uno por nuestro lado. Y, en nuestra despedida, dejamos también la casa en la que tan felices fuimos mientras estuvimos juntos.

Pasábamos las horas sentados en el patio, ella pintando sus acuarelas y yo mirando el paisaje, que cambiaba de aspecto prácticamente a cada momento. Y eso que, en lo que recuerdo, el clima era siempre el mismo: este clima imperturbable y apacible que me volvió a recibir ayer cuando llegamos al aeropuerto. A veces, cuando el sol apretaba mucho, nos refugiábamos debajo de la higuera, en la parte trasera de la casa, cosa que hacíamos también al atardecer, puesto que desde allí se veían el mar y las puestas de sol más maravillosas que he visto en toda mi vida.

Hoy volví a hacerlo desde San Antonio. Mientras paseábamos por el puerto haciendo tiempo para cenar, Pedro y yo asistimos a ese espectáculo que se repite todos los días y que consiste en ver hundirse el sol en el horizonte, que es el mismo en ese punto que el del mar. Un espectáculo gratuito que concita cada tarde frente al puerto a docenas de turistas, que aplauden cuando concluye. Como si el sol y el mar fueran dos actores y su fusión, un acto de amor circense.

Yo eché en falta, sin embargo, el olor de las higueras y el resplandor de la buganvilla que aún crece en aquella casa. El ruido de San Antonio, confuso y abigarrado, distorsionaba todo a mi alrededor y los aplausos de los turistas me devolvían a la realidad. Aquí, en cambio, en aquel tiempo, nada rompía el silencio, todo era tan perfecto que parecía imposible que pudiera repetirse al día siguiente. Pero se repetía. Un día y otro y otro. Hasta que, al llegar octubre, la buganvilla empezaba a dejar caer sus flores y el resplandor del sol no encontraba espejo en el que reflejarse mientras desaparecía en el mar.

Hoy, frente a San Antonio, tampoco encontró ese espejo, tan sólo el de los cristales de las ventanas de los hoteles que miran a la bahía, pero lo encontrará mañana, cuando vuelva a emerger por Portinatx y se refleje en las buganvillas de toda Ibiza, que son tantas como estrellas hay esta noche en su firmamento. Seguramente, también, la mayoría

se agitarán con la brisa que acompaña siempre al amanecer e incluso alguna perderá parte de sus flores, que pasarán a integrar la tierra como las estrellas que se deslizan desde hace rato por la bóveda del cielo lo hacen de la piel de éste y como los recuerdos pasan a formar parte de nuestra biografía. Es el destino de todo lo que se cae, de todo lo que se mueve, ya sea en el cielo, ya sea en la tierra. O en nuestro corazón, que también tiene estrellas y flores como esta noche de San Lorenzo.

—¡Mira, papá!... ¿Has visto ésa?

—Claro, hijo —le digo y sigo soñando, recordando aquella casa y aquellos días felices que pasé en estos montes de Benirrás cuando todavía creía que la vida era una estrella que no se apagaba nunca, como ahora debe de pensar Pedro.

## Otra...

—¡Mírala!... ¿La ves allí?... ¡Aquella que luce tanto!...

Mi madre insiste hasta que lo consigue. Desde el corredor de casa, esa galería abierta que recorre toda su fachada y en la que por las tardes se sienta a conversar, mientras cosen y miran el paisaje, con la abuela, me muestra en el firmamento la estrella del abuelo, que acaba de morir. Es primavera y todo bulle a nuestro alrededor, como si a la naturaleza no le importara nada lo sucedido.

Mi madre me ha traído al corredor para enseñarme la estrella del abuelo, que se acaba de encender según me dice, pero yo sé que lo hace para alejarme del comedor donde mi padre y sus cuatro hermanos velan su cadáver yerto, junto al que mi abuela llora. Antes de salir de allí, he visto también la foto de su hijo Pedro, el que desapareció en la guerra. Hoy más que nunca parecía presidir el comedor, como ha hecho siempre desde que lo recuerdo.

Ignoro cuándo fue la primera vez que me fijé en él. Quizá tuviera cinco o seis años, que es cuando uno comienza a tomar conciencia de lo que le rodea. Y seguramente fue con mi hermano, una de aquellas tardes del mes de agosto en las que todo el mundo dormía la siesta menos nosotros, que nos escapábamos de nuestra habitación. O quizá fuera mucho antes, cualquier día de Santiago, que era la fiesta del pueblo y el único en todo el año en el que se comía en el comedor (el resto de los días se hacía en la cocina, que era el centro de la vida de la casa). El caso es que, siendo todavía muy pequeño, comencé a fijarme en aquella foto que presidía en solitario el comedor y que me daba miedo